

mente hermoso cuando se encrespa y ruge, y gigantes sus ondas en montañas de espuma azotan la arena; es bello el arroyo que con suavidad lame los musgosos márgenes de su cauce, refrescando las gayas flores que en él crecen, y que como cinta de plata borda el valle; pero es grande y hermoso el torrente que de piedra en piedra, crugiendo y bramando, se quiebra en montes de espuma, y con ímpetu avanza en revuelta corriente buscando el mar sin respetar nada; es bello el botón de rosa que se columpia en el tallo esparciendo su perfume en tanto que estrecha sus hojas, como si el pudor le impidiera abrir del todo sus pétalos á la luz, de que toma sus colores; pero es asombrosamente hermosa la galana rosa que vuelto su cáliz al sol, deslumbra con las tintas de su corola, en tanto que embriaga con los perfumes que emite; por esto el poeta que nos ocupa realiza belleza, cuando por hallar reposo á la sedentaria vida que lleva, se repliega en pasados tiempos y vé con los ojos del alma cuadros que le recuerdan placidez y ventura, cuadros que excitan dulcemente sus sentimientos, que dejan á su corazón la tranquilidad misteriosa del edén que en sus primeros días habitaron nuestros padres, el sosiego del templo, en la calma de la naturaleza; pero en las dos partes últimas que vamos á estudiar, llega con frecuencia á lo sublime, llevado de pasiones que todo lo arrasan y conmueven, siente amor que se desborda y celos que consumen; ve al bos-

que con luz más potente que la del sol y siente más los perfumes, y desde luego se advierte en el poeta un corazón que vibra, y en cada vibración se siente un eco, y en cada eco un poema. Composiciones de hombre hecho, de la sociedad moderna, del individuo rodeado de heterogéneos seres, que lo mismo le proporcionan goces que le causan penas, su irritabilidad crece y se manifiestan aquí deseos grandes como el mundo, bellos como el cielo; allá despechos terribles como el infierno, pero que nunca desdicen, pues aun en el antro profundo donde se penan las culpas, quisiéramos el eterno beso de la sublime Francesca.

Las latitudes en que primero ha respirado Altamirano, han llevado á su alma el fuego de los volcanes que abundan en México; de este poeta como de los anteriores ignoramos detalles de su vida, y no podemos hacer biografía, lo cual nos alegra, pues somos de los que por las obras queremos juzgar al hombre, y por ellas Altamirano queda perfectamente definido diciendo que sabe recorrer todos los tonos, y sacar partido de todas las manifestaciones del sentimiento.

En las composiciones de la segunda parte que titula *En la muerte de Carmen*, *Al pié del altar*, y *Pensando en ella*, hay un mundo de ideas que, nacidas en el mismo punto se bifurcan para volver á encontrarse, y una vez encontrados luchan y batallan hasta causar desesperación; hay momentos en que el poeta,

atosigado por el pesar, revela una amargura semejante á la de Job; otras tiene la unción mística de los Salmos; se vé desde luego una indecible verdad expresando la lucha que siente en su alma, y se encuentra junto al piadoso pensamiento que agrada á Dios, la idea blasfema de que se asusta el mundo, porque ciertamente nada lleva tanto á la amarga desesperación como los dolores que se cantan, y Altamirano ha cantado los suyos. La muerte de una mujer que era su consuelo, y aún más que esto, pues por ella el dolor no le hacía mayor, le arranca quejas, y es causa de que emita pensamientos bellísimos y vierta imágenes seductoras; hay en ella algo del triste estado de que en los ciegos se advierte; su móvil cabeza gira á todos lados, y al no hallar nada, fácil es calcular lo que en su alma siente. Tal vez como deducción del profundo pesar que le dominaba escribió la titulada *Al pié del altar*, ó fué hija de otro grandísimo dolor, pues sólo se comprende, se explica y se disculpa el atrevido pensamiento que en ella centellea.

Vengo á tu templo con la faz sombría
y con el alma enferma de pesar,
buscando alivio en la desgracia mía
junto á la yerta losa de tu altar,
Jamás te importuné con mis plegarias:
sufría... y nada te pedí, Señor;
yo he gemido en mis noches solitarias
devorando en silencio mi dolor;
pero hoy no puedo más... hoy sí te pido
que termine clemente mi sufrir;

un siglo de pesar mi vida ha sido,
es mi esperanza única morir.

Comienzo es éste que deja adivinar el estado de un alma que se agita en vanos esfuerzos que hace comprender la angustia de un corazón, á pesar de lo que, el pensamiento resulta bello, sin más que las ligeras gasas que aún no pudo romper en la mañana el sol naciente. *Pensando en ella*, es un verdadero *Lied*; hay en esta composición una sencillez ideal, un encanto cual sólo se siente en la quietud del bosque, donde las ilusiones ópticas se multiplican, pues ilusión óptica hay en esta composición. Su corazón sufre, se agita, llora, el alma vuela, y en la etérea región ve á la mujer querida, cuya realidad está en el cielo de las celestes visiones, y por consolarlo exclama:

Mírala ya en el cielo; hasta su planta
en tus horas más lúgubres levanta
tu esperanza cristiana y tu oración.
Y que renazcan de tu fe las flores;
ella vela por tí; sufre y no llores,
no llores más, mi pobre corazón.

Un sentimiento exquisito, puro y delicado, se advierte en la composición que, como recuerdo, dedicó el poeta á su madre, inserta también en esta segunda parte del libro que estudiamos. Cuando, por ser la llamada á llevarnos en su seno, vemos á la mujer en el señalado puesto que tiene después de la gran reforma llevada á cabo por el mártir del Gól-

gota, nos dan lástima los que, más que nada, perjudicando sus intereses, procuran su emancipación y pregonan que deben adquirir la ilustración que los hombres adquieren, para ocupar en la sociedad el puesto que ocupan ellos, y aún más lástima nos dan las que, seducidas por tan soñadas promesas, se aventuran en el árido estudio y se afanan por llegar, al mismo paso que el sexo á que creen enemigo, al punto donde, según afirman, pueden llegar. A poco que se fijaran comprenderían, sin gran esfuerzo, que, como seres de la misma escala, tienen un fin que cumplir, para lo que ciertamente no les es necesario asistir á las clases ni subir á la tribuna; el camino que hay que recorrer para esto está erizado de escollos, donde en girones se queda el sentimiento; el corazón y el alma de la mujer tierna y juvenil siempre hace gran falta en el mundo para contrastar los duelos, las penas y las aflicciones que se experimentan en la vida.

Vano será que en su apoyo impetren el gastado argumento de que por su debilidad abusamos; con esta condición es fuerte, y, los más, buscamos en el femenino pecho latidos que calmen nuestras angustias, frases que entibien nuestros pesares; no queremos hallar en ellas ni el complemento de nuestro mucho ó poco saber, ni el conocimiento que nos sea necesario. La mujer, como tal, tiene una elevada misión que cumplir, misión que excluye á todas las demás, y en la que más respeto, más gloria

y más alabanzas puede conseguir y menester. Raro y muchas veces sobrenatural parece en la historia el ejemplo de las heroínas; apenas si en algunas escritoras nos detenemos, y, si lo hacemos, las más de las veces reputámoslas como hombres; la mujer en la vida, como recibe alabanzas que embalsaman el universo todo, es como madre, y de esto no hay una línea en la historia de los pueblos que no pueda ser apoyo de nuestra opinión: desde la madre espartana que fija en la idea de patria sacrifica dolorosamente sus sentimientos y entregando el escudo, dice al hijo: «vuelve con él ó sobre él,» hasta la divina madre que siente su corazón destrozado por el dolor al pié de la cruz, donde se cumple el más grande de los designios, hay un mundo de gradaciones: como madres ocupan puestos eminentes, y más se conoce á la madre de los Macabeos que á Juana de Arco, y más á la madre de los Gracos que á Teresa de Jesús, porque, como madre, la mujer tiene las súplicas y las lágrimas de los hijos, el amor de los propios, la consideración de los extraños, los cantos de los poetas y el imperecedero recuerdo de los historiadores.

Desde que con la caída del paganismo la mujer ocupó el puesto que le era debido, pocos serán los que contando con dotes para ello no hayan cantado la madre, y entre ellos se encuentra Altamirano. Poeta de corazón, ha hecho un delicadísimo cuadro, en el que no se

advierde esfuerzo ninguno; resulta natural, espontáneo, porque canta con el más natural de los sentimientos, con el del amor filial; resulta noble, digno y elevado, porque canta á la mujer en el más culminante punto de su gloriosa carrera en la vida; nunca tendrá un átomo de la esplendente belleza de que está saturado éste, el que dedique á la abogada, á la médica ó á la literata; aquél está sentido, éste tendría que pensarse.

Si alguna vez oímos cantar alabanzas de una política ó de una legisladora, nos pararemos á discutirla con toda la severidad de la crítica, y sólidamente pensamos que habremos de terminar con una irónica sonrisa; al oír al poeta que canta á su madre, nos replegamos en el santuario de nuestra conciencia, se escapa de nuestro pecho un suspiro, y sobre sus misteriosas alas dejamos cabalgar el alma toda para que vaya á caer á los piés de la nuestra, y esto sucede más cuando las composiciones nos excitan, como nos sucede con la del vate mexicano, que tan perfectamente sabe llorar su ausencia, como un ángel lloraría la del cielo y que tan vehemente ansía su vista como los hombres todos ansiamos la dicha. Hay en toda la composición una ternura infinita que bien puede acreditar su sentido comienzo:

Se oprime el corazón al recordarte,
madre, mi único bien, mi dulce encanto;
se oprime el corazón y se me parte,
y me abrasa los párpados el llanto.

Lejos de tí y en la orfandad proscrito;
verte no más en mi delirio anhelo,
como anhela el precito
ver los fulgores del perdido cielo.

Y se advierte desde luego su rica y poderosa imaginación en el trozo que transcribimos:

Cuando contemplo en el azul del cielo,
en la mano apoyada la mejilla,
mis montañas azules, esa sierra
que apenas á vislumbrar mi vista alcanza,
Dios me manda el consuelo,
y renace mi férvida esperanza,
y me inclino doblando la rodilla,
y adoro desde aquí la hermosa tierra
de las altas palmeras y manglares,
de las aves hermosas, de las flores,
de los bravos torrentes bramadores,
y de los anchos ríos como mares,
y de la brisa tibia y perfumada
do tu cabaña está, mujer amada.

Hay trozos en tan bellísima poesía que nos obligan á repetirlo, nada, nada en el mundo existe ni existirá que iguale el sentimiento que el amor de nuestra madre despierta, por la que todo se olvida y amor que al poeta le hace desentenderse de cuanto le rodea y exclamar:

Ya te veré muy pronto, madre mía;
ya te veré muy pronto. ¡Dios lo quiera!
y oraremos humildes ese día
junto á la cruz de la montaña umbría,
como en los años de mi edad primera.

En la tercera parte del libro del Sr. Altami-

rano hay composiciones que revelan cómo también los desengaños han hecho presa en él; se ven ellas, como si tras las letras palpitaran, roncós y ahogados suspiros de despecho y cólera; tras los versos se entreven esas sonrisas que el dolor arranca y se apagan con lágrimas, porque hay que conceder que viviendo en el mundo no podía ser de otra manera. Poco importan á la sociedad las elevadas condiciones y cualidades de un individuo; para nada se cuida de la ternura de su alma, ni de la espontaneidad de los sentimientos; le es todo igual, y con implacable saña en sus evoluciones y giros destroza cuanto halla, como triturán las dentadas ruedas de una máquina lo que en su engranaje se interpone. Parécese en esto la sociedad á la muerte; en nada se para, ni nada respeta, lo mismo á los de una clase que á los de otra, lo mismo hiere y maltrata á los que parece tienen derecho á vivir que á los que pueden considerar la vida como una pena; hiere y mata sin fijarse en nada, absolutamente en nada; mas existe entre ambas una diferencia que da lugar á que sean preferibles los rigores de la muerte á las decepciones que experimentamos en la sociedad; aquélla se lleva la vida y con ella el sentimiento, ésta nos hiere en lo más íntimo, dejándonos una existencia cargada de dolores, que son más de lamentar cuanto son más queridas las ilusiones que al extinguirse dieron lugar á su aparecimiento. De éstos son los que el poeta canta llorando

en su primera *Cineraria*, que tiene por único epígrafe un punto de admiración, y en la que con recuerdos que no expresa, pero que deja adivinar, impone silencio al corazón que se agita aun dentro del pecho como voluntarioso niño y al que el poeta dice:

¡Silencio, corazón, duerme y olvida
que fuiste niño y que sentir supistes;
la lumbre de tu fe se halla extinguida,
duerme en la noche de tus dudas tristes!

.....

¡Amor!... ¿buscas amor? ¡delirio triste!
¿No está la llama de tu fe extinguida?
¡Amor!... ¿lo crees aún?... ¿piensas que existe?
¡Silencio, corazón, duerme y olvida!

Hay en estos acentos una sin igual tristeza, hija del natural desencanto que produce tener necesariamente que pensar así, y pena da considerar lo que al hombre de sentimientos debe suceder cuando así amordaza lo que á la vida embellece; pena intensa se siente al verlo aherrojar lo único que da luz á la existencia cuando recordamos con lágrimas en los ojos que los cautivos de Babilonia á las márgenes del por ellos maldecido río, colgaron de los sauces las lirás doradas con que acompañaban sus cantos. Al mismo género que la anterior, pertenecen otras de las que sólo hacemos mención, sintiendo no poder detenernos á analizarlas; mas hay entre ellas una, que por tocar en lo épico, merece que, abusando de la pa-

ciencia de nuestros lectores, digamos algo, es una de esas composiciones para cuyo recitado hay que exclamar:

Faró come colui che piange è dice;

composición dedicada á una mujer que fué el motivo de la dolorosa inspiración á que debe, y á la que, contemplando airado después de su lectura, habría que interpelar diciendo:

¿E se non piangi dí che pianger suoli?

porque hay situaciones en la vida de un hombre que á los demás arrancan lágrimas, recordando unas penas sufridas por idénticas causas y otros temiendo que en sus días se puedan dar. Un amor que todo lo absorbe y al través del cual, como tras vidrio mágico, se ve al universo entero iluminado con las dulces tintas de la aurora, una mujer de la que se hizo un ídolo y más que en Dios se creía en ella, un mundo fantasmagórico que la pasión creó y que á gusto en él vivíamos, es una de esas épocas en la vida que siempre dejan recuerdos, pero el destino adverso nos obliga á la separación, y lo que la vista no podrá alcanzar buscamos lo supla la esperanza; y obtenemos una promesa sobre la que dormimos cual los ángeles sobre las cerúleas nubes que forman las gradas del trono de Dios. Hé aquí el primer cuadro de la composición:

Pálido el rostro, en lágrimas bañado,
Y ocultando en mi hombro tu alba frente,
Con el seno oprimido y agitado,
Mi mano presa entre la tuya ardiente,
murmuraste tu adios. «Voy á alejarme,
»te dije, y voy de mi lealtad seguro.
»¿En tu constante amor podré fiarme?»
—Tú respondiste: ¡Siempre! ¡te lo juro!

Pasa tiempo, vagando en el éter nadie sabe dónde fué la palabra, pero es lo más triste pensar que nadie averiguará ya de dónde salió, que se olvidó tan pronto. Cual juguete en manos del niño, nuestro corazón destroza una mujer haciéndonos convertir en el ángel caído que maldice y llora, pues hay lágrimas y maldiciones en las estrofas:

¡Siempre!... ¡Si apenas nace el sentimiento
cuando el cansancio presuroso llega!
¡Si el deleite que llega es un tormento!
¡Si la luz que más brilla es la que que ciega!
¡Siempre!... ¡La realidad de la existencia
del ideal los sueños desbarata
y del amor la fugitiva esencia
el soplo de los tiempos arrebata!
¡Siempre! ¡Imposible y loco devaneo!
Del recuerdo la lumbre, en la memoria
sólo se aviva el soplo del deseo;
¡tal es del alma la constante historia!
¡Tierra del corazón! Tierra mezquina
do nada vive ni arraigarse quiere
donde hasta el mal efímero germina
y así naciendo fructifica y muere.

Creemos, pensando fríamente, que modelos

por el pensamiento y por la forma, acreditará siempre el pasaje citado al poeta verdadero que de sobrada inspiración dispone; pero no es Altamirano el poeta que dominado llora y llora siempre; se ve en él al hombre que sabe sobreponerse á los pesares, al hombre que anuda su corazón y que cuando se inclina por el inmenso peso de su dolor, simula hacerlo por galante cortesía, de lo que pruebas tenemos en los siguientes versos:

Nadie sabrá que un tiempo los sentidos
ebrios de nuestro amor y tantas veces,
en apurar pasamos embebidos
del deleite la copa hasta las heces.

Nadie sabrá tampoco que hora alguna
de placer amargó letal tormento;
que nuestro corazón sintió importuna
la espina de tenaz remordimiento.

Nada quitó mi amor de tu belleza;
ni el fuego intenso que en tus ojos brilla,
ni la altivez que anima tu cabeza,
ni las rosas que tiñen tu mejilla.

Ni un surco más en la tostada frente,
ni una lágrima menos en la vida,
ni otro dolor que mi desdicha aumente,
nada me deja tu lealtad perdida.

El mismo pensamiento que en esta composición que por nuestro mal no podemos transcribir íntegra, domina en la que el poeta dedica *A María*; un amor, una ausencia y un cruel desengaño que al alma sume en el más hondo

de los pesares; pero en el *Perjurio* hay el anatemático con que siempre debe condenarse; en ésta hay el dolor, sólo el dolor que en el corazón despiertan los recuerdos al poner ante nosotros, cual maléficos genios, cuadros de ventura que se desvanecieron en el espacio al rudo envite del tiempo, se perciben en ella, no los roncacos acentos de la cólera, sino esos ecos vagos y misteriosos que parece copiamos de la naturaleza triste, en los momentos en que el crudo invierno la despoja de sus galas. Y estas sensaciones y estas luchas están ejecutadas por el poeta de una manera tan admirable, que sin querer nos hacemos sujetos activos de ellas; sentimos creadas situaciones, notamos que se mueven nuestros labios, que nuestros ojos se cierran, y sin darnos cuenta, al fantasma que vemos flotar en la sombra, cubierto el pecho por los largos rizos de su negra cabellera, perfumando el ambiente con su hálito y aun alumbrando las tenebrosidades de nuestra alma con su potente mirada, decimos como el poeta:

Marchamos siempre y á perdernos vamos
¡ah! de la muerte en el océano oscuro.
¿Hay más allá riberas?... No es seguro;
quién sabe si las hay; mas si abordamos
á esas riberas torvas y sombrías
y siempre silenciosas,
allí sabré tus quejas dolorosas
y tú también escucharás las mías.

Mucho podríamos aún decir de tan esclarecido vate; advertimos méritos sobresalientes en

las composiciones de que, por falta de espacio y tiempo, dejamos de ocuparnos, pues plantel de bellísimos pensamientos y brillantes imágenes son las que titula *La Cruz de la Montaña* y *La Plegaria de los Niños*, así como las dedicadas á Isabel y á Ofelia Plissé. Cierto es que en algunas se advierten descuidos; no lo es menos que se encuentran giros defectuosos y hasta que obligado por la rima rebusca palabras que nada ó poco se usan; mas sobrada disculpa es para esto la impetuosidad del genio que hay que admirar en Altamirano y sus grandes condiciones como original y espontáneo. No hallamos, y con ansia las hemos buscado palabras con qué felicitar á la venturosa nación que tales genios produce, y no las creemos necesarias por otra parte, pues convencidos debemos estar de que eterna felicitación será para ella ver que la historia, con el dedo puesto sobre los nombres de los preclaros ingenios que hemos estudiado, dirá al través de los siglos llenándolos de admiración: «hijos de México.»



Índice

	Pág.
Introducción	v
Manuel María Flores	1
Juan B. Hajar y Haro	47
Guillermo Prieto	85
Vicente Riva Palacio	121
Juan de Dios Peza	158
Manuel Carpio	192
Ignacio Manuel Altamirano	223

